

**N**O ha habido en estos últimos años nada tan cargado de consecuencias como la Primera Guerra Mundial, el comunismo soviético y el Komintern, la gran crisis económica del primer tercio del siglo y, en el segundo tercio, la subida del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y la liquidación del colonialismo.

Es previsible que pueda llegarse al año 2000 sin que ocurra nada tan importante. Pero sería absurdo y peligroso ignorar las posibilidades de grandes guerras, depresiones económicas, nuevos movimientos políticos violentos o incluso incidentes aún más desagradables.

Tomemos, en primer lugar, el factor más evidente de la situación: existen sistemas de armamento nuclear en cinco países y otros tienen posibilidades de crearlos. Sería absurdo considerar el porvenir sin pensar que esas armas puedan ser utilizadas. Una guerra nuclear puede producirse por accidente o locura o, en una coyuntura excepcional, resultar de una decisión deliberada.

## ¿ES POSIBLE LA GUERRA?

Alrededor de 1955, la guerra nuclear parecía totalmente plausible a muchos analistas. Se escribieron cantidad de guiones en los que la guerra estallaba accidentalmente, pero en razón de crisis surgidas a su vez de modo más o menos accidental o imprevisto. A mucha gente le parecía plausible que pudiera incluso estallar una guerra nuclear en virtud de crisis provocadas más o menos deliberadamente, como la de los misiles de Cuba. Pero, por una serie de razones, es muy difícil escribir guiones verosímiles de guerras nucleares después de 1965 o incluso después de 1970, al menos en cualquier contexto tipo y en la mayor parte de los contextos canónicos. Los guiones probablemente más plausibles sugieren guerras chino-americanas, pero incluso éstas serían, no obstante, consideradas como no plausibles por la mayoría de la gente versada en estas cuestiones.

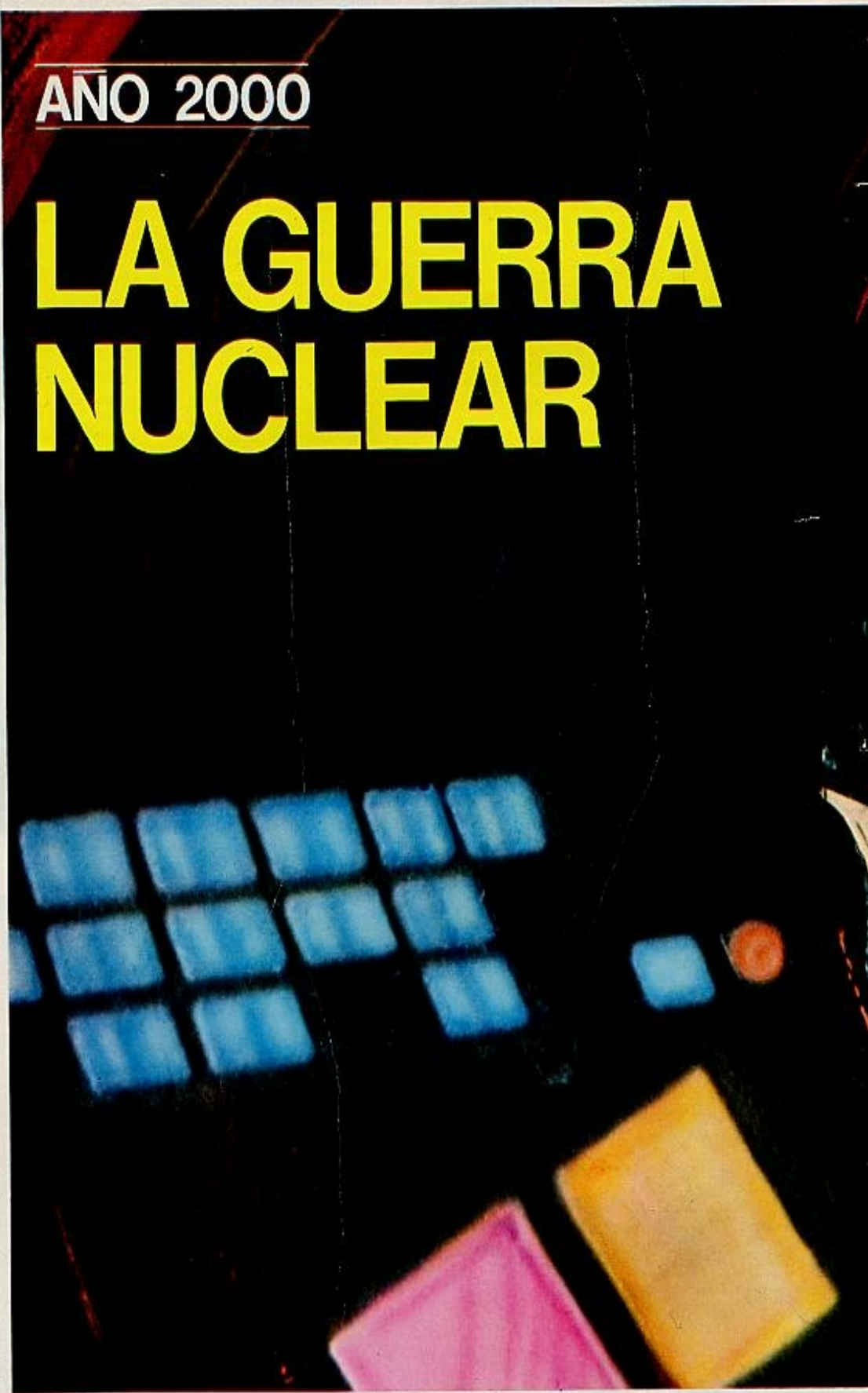
El cambio que se produjo entre 1955 y 1965 se debió, entre otras razones, a una modificación de las propias fuerzas nucleares, que parecen, a partir de ahora, el amparo de accidentes y mucho menos vulnerables a un ataque por sorpresa, lo que nos lleva a crear verosímil que los gobiernos serán prudentes y se sentirán menos fácilmente inclinados a poner en marcha un ataque preventivo en caso de crisis, al temer la respuesta del adversario. Otra razón es que la doctrina táctica y estratégica ha cambiado. Los gobiernos actuales ya no se inclinan a pensar que habría que utilizar el arma nuclear más o menos en función del cálculo, sumario y directo de las necesidades y ventajas militares. Parece casi seguro que si los militares solicitaran emplear estas armas los gobiernos americano y soviético se negarían. Incluso los servicios de Estado Mayor parecen haber enmendado su doctrina y preferir las hostilidades convencionales a la guerra nuclear.

### LA GUERRA ESTALLA EN ALEMANIA

Un guión «plausible» de guerra nuclear para el período 1968-2000 supondría probablemente una serie de acontecimientos bastante parecida a la que precedió a la Segunda Guerra

# AÑO 2000

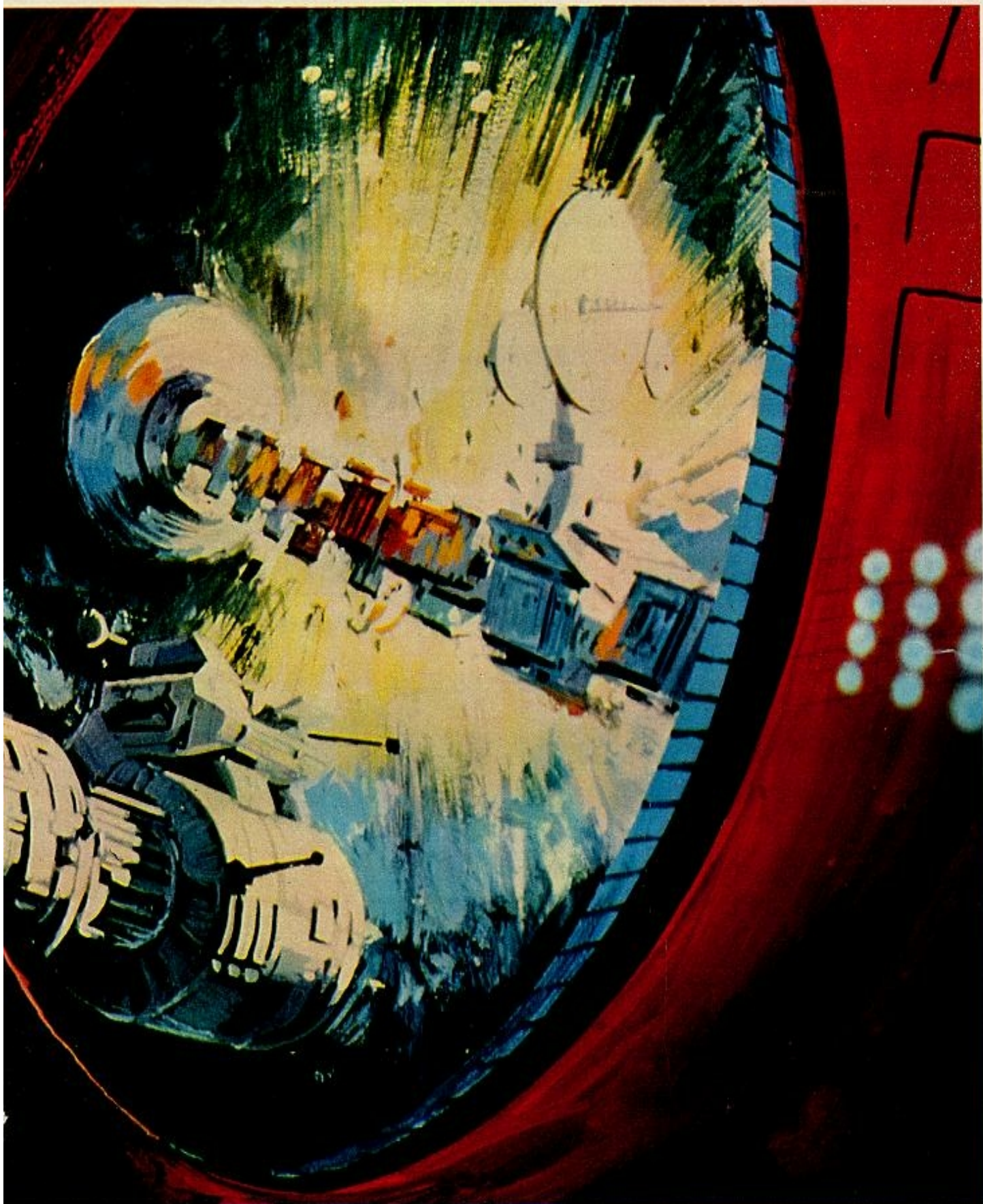
# LA GUERRA NUCLEAR



Mundial. A saber: Imaginaríamos, en primer lugar, un gran cambio en el gobierno de una gran potencia, algo como la ascensión de Hitler al puesto de Canciller de Alemania en 1933. Tomaríamos después en consideración una secuencia en la que este gobierno sería cada vez más agresivo y mostraría, mediante toda una serie de actos, que el peligro es inminente, tal como ocurrió con la denuncia del tratado de Versalles, la retirada de Ale-

mania de la Sociedad de Naciones, la ocupación del Ruhr, la campaña contra los judíos y los liberales. Luego vendrían los signos precusores flagrantes, como al Anschluss y la crisis checa de 1938. En este punto, la guerra parecería totalmente plausible a todo el mundo. Puede aún preverse otra crisis, como la de Munich, en octubre de 1938. Luego, y puesto que la guerra parece todavía impensable a demasiada gente, algo parecido a la

ocupación de Checoslovaquia en 1939. Entonces, el peligro se impondría en su evidencia a todo el mundo. Nadie dudaría ya que el instante en que cada cual echa sus cartas en la mesa se aproximaba ineluctablemente, o, por lo menos, todo el mundo pretendería creerlo así. Entonces podría tomarse en cuenta una carrera de armamentos y luego un accidente en el que, por ejemplo, el aliado de una gran potencia nuclear fuera atacado o amenaza-



do; y las circunstancias obligarían a esta potencia nuclear a declarar la guerra, pero no a utilizar de hecho sus armas atómicas. En realidad, esta potencia seguiría inactiva mientras se aplastaba a «Polonia». Franceses y británicos temieron incluso bombardear Alemania en 1939 por temor a las represalias. Podría imaginarse un período de guerras convencionales: cada beligerante, aterrorizado por la escalada, tantea, empuja, regatea, milma y ame-

naza al otro. Puede haber operaciones limitadas y respuestas, represalias y, al fin, escalada hacia uno u otro escalón de la guerra nuclear. Es evidente que esta secuencia puede ser interrumpida en cualquier momento de modo que la situación vuelva a ser más normal. Parece también evidente que la duración de esta serie de acontecimientos, debida en 1939 al temor a la guerra que experimentaban británicos y franceses —la guerra era poco me-

nos que impensable para Daladier y Chamberlain, como lo es hoy para Breznev y Nixon—, hace el comportamiento hitleriano aún más eficaz para el porvenir. El equilibrio del terror es la gran disuasión que impide a las potencias prudentes sondear demasiado a fondo al adversario y lanzarse a la experimentación. Pero para una potencia temeraria, este mismo equilibrio del terror y la circunspección que inspira a las otras pueden

parecer la ocasión o la pantalla tras la que podrá permitirse impunemente muchas cosas. Es lícito, pues, suponer que un guión plausible para el estallido de una guerra nuclear tendría en cuenta el comportamiento «hitleriano», pero que el «Hitler» quizá no tuviera nada en común con Adolf Hitler, salvo la decisión de explotar el deseo general de paz para imponer su voluntad.

Los guiones siguientes no llevan



como preámbulo un período de cinco o diez años durante el que las relaciones internacionales fueron brutalmente cortadas por el advenimiento de un Hitler. El lector puede, pues, juzgarlos más o menos desprovistos de plausibilidad, pero son tan plausibles como pueda serlo cualquier guión breve. El primero está extraído de *On Escalation: Metaphors and Scenarios*, por Herman Kahn. Es más o menos un guión de crisis típico. Se sitúa en Alemania no porque pensemos que este país es actualmente una región de peligro excepcional, sino porque está generalmente admitido que su división puede convertirse en la fuente más plausible y evidente de crisis en Europa.

### LA GUERRA ESTALLA EN EUROPA CENTRAL

He aquí la serie de acontecimientos:

1. Estallan desórdenes e incidentes violentos se precipitan en Alemania del Este o en Berlín.
2. Agitación popular intensa en las calles y expansión de la violencia en Alemania del Este.
3. Los insurrectos de Alemania Oriental atraviesan la frontera —o el muro de Berlín— en varios puntos.
4. Aunque limitada, la intervención de los voluntarios de Alemania Occidental es importante.
5. Los soviéticos previenen a Alemania Occidental y a la OTAN.
6. Se procede a evacuaciones limitadas de civiles a Europa y Estados Unidos.
7. La OTAN replica a la advertencia soviética previniendo a la Unión Soviética contra una intervención.
8. Sigue luchándose y atravesándose la frontera; los alemanes del Oeste intervienen en gran número.
9. La Unión Soviética interviene: lanza un contingente limitado más allá de la frontera, esboza otros actos de beligerancia o incluso podría hacer una demostración no mortal de su fuerza nuclear.
10. Nuevo intercambio de notas diplomáticas.
11. Suspensión o apaciguamiento de las hostilidades.
12. «El armisticio» es violado.
13. Nuevas evacuaciones y primeras medidas de urgencia.
14. Vuelve a empezarse a atravesar la frontera de los dos lados.
15. Uno de los bandos lanza un ultimátum.
16. Preparación y ejecución de los programas de puesta en estado de urgencia.
17. O bien los soviéticos se lanzan a un ataque limitado en Europa occidental, destinado a demostrar su resolución y a escindir la OTAN en la esperanza de obtener la capitulación o presiones para ella de uno de los principales participantes, o bien los americanos se lanzan a un ataque limitado para intimidar a los soviéticos.
18. Los Estados Unidos proclaman su estrategia de ciudades abiertas y anuncian su intención de respetar las ciudades.
19. La OTAN proclama igualmente que el territorio europeo está «abierto» al Oeste del Rin y, verosimilmente, para ciertas regiones determinadas de Alemania.



20. Bien los Estados Unidos, bien la Unión Soviética responden con fuerza, pero evitando cuidadosamente las destrucciones accesorias; lanzan simultáneamente un ultimátum o una oferta de paz.
21. ....

Este guión apenas se presta a discusión. Muchos lectores seguramente lo encontrarán absurdo. En efecto, parece claro que en la mayoría de las circunstancias se pararía la evolución de esta crisis en un punto cualquiera de la secuencia antes de pasar al punto siguiente. No obstante, se trata de una evolución concebible, ya que problemas técnicos, reales o imaginarios, el sabotaje oficial o no oficial, un comportamiento no autorizado o rebelde, podrían oponerse a los inten-

tos de frenar la crisis. Y habría también, evidentemente, importantes obstáculos populares a cualquier decisión que hiciera de Alemania Oriental una «Hungria» o pudiera ser interpretada en este sentido. Haría falta más coraje político o pesimismo para parar esta crisis que el que es posible encontrar en la burocracia. Habría, indudablemente, funcionarios y dirigentes que verían en esta serie de acontecimientos tantas ocasiones favorables como peligros.

La secuencia podría continuar de muchas maneras diferentes, y especialmente de la que sigue:

1. Capitulación local —¿preventiva?— de uno u otro campo.
2. Acuerdo local —¿preventivo?— de uno u otro campo.

3. Capitulación o negociación por la Unión Soviética o la OTAN.
4. Revolución o perturbaciones, sea del lado de la OTAN, sea del lado del Pacto de Varsovia.
5. Alto el fuego; estabilización del frente.
6. Negociación «toma y daca».
7. Vuelta rápida al statu quo ante.
8. Continuación de los combates convencionales.
9. Combates convencionales del tipo «pausa».
10. Victoria local y retirada local.
11. Breve guerra nuclear táctica.
12. Continuación de la guerra nuclear táctica.
13. Escalada estratégica.
14. Tratado de paz negociado.

# LA GUERRA NUCLEAR



## ESTALLA LA GUERRA ENTRE CHINA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Supongamos que los Estados Unidos deciden invadir Vietnam del Norte y que China Comunista interviene. Mientras los combates en tierra se intensifican, Washington podría decidirse a emplear armas nucleares, quizá sólo contra las tropas y líneas de comunicación chinas en el Sudeste Asiático, pero verosimilmente también contra zonas del interior en China. Casi todos los expertos pensarían hoy que tal decisión no es plausible —y esa

es también nuestra opinión—, pero puede ocurrir. Quizá se tratara de demostrar que el gobierno de los Estados Unidos no amenaza en vano cuando anunciaba en Pekín que en caso de hostilidades el territorio chino no sería tratado como un «santuario» privilegiado, como ocurrió durante la guerra de Corea. Otra posibilidad: la presión creciente de quienes reclaman el empleo de armas «de calidad» contra un enemigo fuerte, creciente y temido; se esperaría que el temor de otros bombardeos haría más prudentes a los chinos e incluso podría incitarles a derrocar su gobierno. También se contaría con lo siguiente: si instalaciones industriales estratégicas o de importancia crítica fueran alcanzadas, se haría retroceder en muchos

años la economía y la potencia militar chinas. Aunque esto parezca bastante paradójico, una guerra semejante podría retrasar realmente, durante un cierto tiempo, la fabricación de armas nucleares: se pensaría, en efecto, sin duda, que los Estados Unidos habían decidido utilizar bombas nucleares contra China porque este país también las tiene.

Las hipótesis que preceden pueden ser reemplazadas por un postulado más complejo. Es plausible que los americanos sientan repugnancia a utilizar armas nucleares de entrada, pero un intercambio atómico puede derivarse de la sucesión de los siguientes acontecimientos: los chinos intervienen en el Vietnam, primero con éxito; los americanos deciden responder

montando una invasión de castigo contra la isla china de Hai-Nan; los chinos son los primeros en utilizar armas nucleares a título puramente defensivo sobre las playas de Hai-Nan y contra la flota de invasión americana.

Bastaría que la operación china fuera un éxito aun no muy grande para que los americanos sufrieran fuertes pérdidas de vidas humanas tanto en las playas como en el mar. Entonces se haría verosímil una respuesta nuclear americana, pero, ¿de qué tipo?... Esta es la cuestión que se plantearía. Podrían atacarse las instalaciones nucleares chinas y objetivos militares o económicos elegidos especialmente para reducir al mínimo los detrozos colaterales entre los civiles. En este caso, podría alcanzarse cruelmente a la China, quizá incluso dejarla inválida aun limitando las pérdidas civiles a unos millones. Según las normas del pasado, eso representaría pérdidas enormes en vidas humanas, pero mucho menores que lo que la mayoría de la gente prevé en caso de guerra nuclear. Si los Estados Unidos bombardeasen la China sin ninguna discriminación, las pérdidas podrían elevarse a una fracción sustancial de la población. Contrariamente a lo que creen la mayoría de las gentes, la China es un «pequeño país», ya que la gran masa de su población vive en una región relativamente limitada al Este del grado 105 de longitud Este. Dado el radio de destrucción de las armas termonucleares, los americanos podrían aniquilar cualquier fracción determinada de la población china.

Los chinos no empezarán probablemente el ataque más que si tuvieran la impresión de poseer un medio de intimidación válido contra el territorio continental de los Estados Unidos. Si los americanos limitan sus represalias a los objetivos militares y económicos, los chinos podrían bien llevar a término esta amenaza o bien no hacerlo, por temor a una segunda respuesta americana que golpearía a la China en su conjunto. Pero si los americanos atacaran a escala ilimitada, los chinos cumplirían seguramente su amenaza.

Supongamos que, en este caso, puedan destruir cuatro ciudades del Oeste de los Estados Unidos: Los Angeles, San Francisco, Seattle y San Diego. La presencia de semejante amenaza bastaría probablemente para prevenir por intimidación el segundo tipo de ataque americano, en la medida en que semejante ataque no fuera prevenido por una especie de autointimidación, al no desear los americanos aplastar a los chinos por docenas o centenares de millones. Pero los Estados Unidos podrían, de todas formas, aceptar el riesgo de un ataque limitado a los objetivos militares y económicos, en la esperanza de que la respuesta china quedara paralizada por el temor a un bombardeo a mayor escala, quizá total, de la población civil china. Esto no significa que el presidente de los Estados Unidos tuviera confianza en su aptitud para limitar así la catástrofe o que juzgara deseable la decisión china, sino sólo que cuando examinara las alternativas pensaría en hacer la elección menos indeseable.

Sean cuales sean el guión o las tácticas, no sólo se habría demostrado que la guerra nuclear es probable, sino incluso probado el postulado evidente, aunque con frecuencia mal comprendi-

do, según el cual el choque de dos potencias nucleares no debe terminar necesariamente en aniquilación total. Sin embargo, desde aproximadamente 1955, esa es la opinión casi unánime en lo que concierne a cualquier intercambio nuclear entre los Estados Unidos y la URSS. Si los Estados Unidos limitaran su respuesta, y si después los chinos atacasen las ciudades americanas y finalmente los Estados Unidos aplastan a China, el oprobio que pesaría sobre América sería menor que en el primer caso: en éste caso, no sólo China habría sido la primera en utilizar el arma atómica, sino también la primera en arrear ciudades, y el «vencedor» habría perdido también mucho. Si los chinos arrojaran aunque no fuera más que una bomba sobre cada una de las ciudades de Los Angeles, San Francisco, Seattle y San Diego, el número de muertos se situaría probablemente entre unos cientos de miles y un millón. Estas cifras pertenecen a un orden inferior a las previsiones generales, y son incluso de un orden aproximadamente equivalente al de las pérdidas sufridas por los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Si los chinos tuvieran ya a su disposición ingenios de varios megatones y los medios para «entregarlos», entonces la misma operación podría provo-

car fácilmente pérdidas que se elevaran de cinco a diez millones. No puede decirse que se trata de un resultado satisfactorio, ni siquiera para un vencedor, y el presidente de los Estados Unidos podría preguntarse si la cosa vale la pena.

Una de las consecuencias posibles de un intercambio nuclear con la China podría ser la repartición de facto de este país: una vez ganada su guerra, los Estados Unidos ocuparían diversos enclaves costeros —tales como Shanghai, Cantón y el Chantung—, lo mismo que el Sur de Manchuria; los soviéticos penetrarían en territorio chino para ocupar Pekín y las regiones contiguas a sus propios territorios, tales como Manchuria del Norte y Sinkiang. La Unión Soviética se conduciría de un modo bastante análogo a como lo hizo Stalin en 1939, cuando Hitler invadió y venció a Polonia. Mucha gente cree que el Ejército Rojo entró en Polonia al encuentro del ejército alemán para formar un tapón.

En semejante China habría tres gobiernos: un gobierno «democrático» en los enclaves costeros, bajo dominio americano; un gobierno comunista de obediencia soviética en Pekín; un gobierno comunista «legítimo», sucesor del régimen comunista actual, en las regiones no ocupadas. Digamos entre paréntesis que no se trataría de una

situación sin precedente en la historia china.

Por otra parte, si esta colisión entre una gran y una pequeña potencia nuclear no diera ningún resultado decisivo —cada uno hace estallar algunos ingenios... y eso es todo—, entonces, poseer aunque no fuera más que un pequeño armamento nuclear pasaría por ser una enorme ventaja. Supongamos que en respuesta a la primera detonación atómica china los Estados Unidos destruyen las empresas de producción de plutonio y uranio del adversario, así como algunos aeropuertos y bases navales. Los chinos, a su vez, podrían no aniquilar más que San Diego o incluso una ciudad aún más pequeña de la costa Oeste, tal como Santa Mónica, previniendo de otras eventuales agresiones. El intercambio de malos modos podría terminar a este estado... Bastaría que Washington cediera a la amenaza china. Entonces, realmente, los armamentos nucleares se convertirían en los «igualizadores», como el Colt de 12 mm. de las películas del Oeste. Ahí es donde la proliferación se vería fuertemente estimulada. Países como el Japón, Alemania Occidental y quizá la India, que habían confiado en la protección americana, no dejarían de preparar su armamento nuclear. Las circunstancias tecnológicas y estratégicas que verosimilmente durarán una decena de

años, quizá veinte, o incluso más, aumentan la posibilidad de tal resultado, en función de las doctrinas de respuestas medidas y de regateos con el adversario en tiempo de guerra. En las circunstancias actualmente en vigor entre grandes y pequeñas potencias nucleares, si se llegara al «todo o nada» no habría más que un solo resultado posible: destrozos en la gran potencia y aniquilamiento de la pequeña. Pero en cuanto la noción de una guerra nuclear limitada entra a formar parte del cuadro —respuesta nuclear proporcionada al «crimen» del primer empleo de misiles y regateo entre cada golpe—, la guerra nuclear limitada, también llamada «al ralenti», lleva anejos otros elementos capitales: la naturaleza cualitativa de las sociedades en conflicto y la de su dirección política pueden prevalecer sobre las asimetrías tecnológicas. Admitamos que hacia 1970 la China esté lo suficiente evolucionada como para disponer de fuerzas que sobrevivirían al primer choque y que responda a cada ataque americano con ataques equivalentes o ligeramente superiores. La voluntad de los dirigentes americanos podría ceder más rápidamente que la de los dirigentes chinos. O bien los golpes de los chinos —aunque equivalentes o quizá de más débil rendimiento desde el punto de vista técni-

*El surgimiento de un Hitler en Europa Central, con las secuelas de expansionismo, nacionalismo herido... podría ser el comienzo de una guerra nuclear.*

*El enfrentamiento en torno a Berlín podría llevar a intervenciones de la OTAN y de la Unión Soviética, en cuyo caso caben varias posibilidades: capitulación local o acuerdo local, continuación de combates convencionales e incluso breve guerra nuclear táctica y escalada estratégica.*



- PRESION SOVIETICA
- LUCHA FRONTERIZA
- FOCOS DE AGITACION
- ZONAS DE EVACUADOS

# LA GUERRA NUCLEAR

co— podrían ser asediados con una finura mucho mayor o acompañarse de maniobras más eficaces en el terreno de la guerra política que las de los americanos. Con o sin De Gaulle, nadie espera que Francia cambie ciudades con la Unión Soviética. Pero, ¿de qué serviría regatear con un país o una dirección militar como el Japón cuando en 1941 estaba en estado de histeria? Un país que organizó los cuerpos de kamikazes y cuyo gobierno de guerra discutió seriamente la posibilidad de un suicidio colectivo nacional después de la bomba de Hiroshima sería un adversario particularmente duro en una situación de escalada entrecortada de regateos. La idea del líder loco —Hitler, si hubiera tenido armas nucleares, o, aún más, Patricio Lumumba— no es, evidentemente, más que una banal pesadilla de nuestros días. Pero, ¿se ha concedido bastante atención a la posibilidad de una sociedad cualquiera, incluso dotada de un armamento nuclear relativamente débil, que pusiera a prueba su ardor, su cohesión, su voluntad, su impulso en relación a otra? Francamente hablando, es lícito suponer que si la China lanzara un desafío nuclear a los Estados Unidos sería a partir de situaciones como la siguiente: los chinos, en cuanto comunistas

y marxistas, preverían que su país no se desintegraría; lanzarían, pues, quizá, un asalto, o cometerían una agresión contra un vecino, desafiando a los Estados Unidos a ir hasta el límite de sus posibilidades. Es dudoso, pero existe la posibilidad.

Un guión nuclear chino-americano, que lleva aparejado un sistema complejo de alianzas políticas en un mundo en que los armamentos nucleares proliferasen sería el siguiente: la flota de los Estados Unidos es destruida frente a Hai-Nan porque los chinos emplean armas nucleares para defenderse. Los Estados Unidos lanzan un ataque limitado sobre la China continental para desarmarla. La China aniquila las bases americanas de Okinawa y amenaza con el aniquilamiento total a un aliado cualquiera de los Estados Unidos —Japón, Filipinas, Tailandia— sobre cuyo territorio están acantonadas tropas americanas que podrían lanzarse al asalto del territorio chino. Si esta amenaza fuera rápidamente seguida de un ataque sobre la población civil —destrucción de Kobé en el Japón, por ejemplo, o de Cebú en las Filipinas—, los Estados Unidos sufrirían una presión intolerable. Si permanecieran pasivos, el prestigio americano se hundiría y el de la China se elevaría. Si los Estados Unidos

reaccionaran a este ataque lanzando una salva sobre objetivos militares o civiles nos encontraríamos, en lo esencial, en el marco de nuestro primer guión. Sea cual sea el resultado, muchos países verían en la posesión de un armamento nuclear nacional el mejor seguro contra un ataque.

## 3 INTERCAMBIO DE ATAQUES NUCLEARES SOVIÉTICO-AMERICANOS

Otro guión —que se repite frecuentemente en las conversaciones sobre la guerra nuclear— es el de una guerra entre dos superpotencias atómicas, que acabaría no sólo por la destrucción recíproca de los dos beligerantes, sino también por destrucciones accesorias a las demás potencias. Un guión de estallido posible es el que acabamos de utilizar para la invasión de Europa Occidental por los soviéticos. La operación podría ser precipitada por una crisis en Alemania. La OTAN respondería a ella con sus fuerzas convencionales y, después de una

pausa razonable, con una campaña estratégica de guerra total, consistente en destruir las ciudades. La idea de que la humanidad entera sería destruida en este intercambio soviético-americano no puede ser justificada por el cálculo, ni siquiera teniendo en cuenta los imponderables, y esto es sin duda una exageración; no obstante, los enormes daños físicos, sociales y morales que provocaría esta guerra no deben ser achacados en saco roto. Las destrucciones recíprocas —o semidestrucciones— de las dos superpotencias exaltarían inmensamente la noción de disuasión y de autointimidación en el mundo, que seguiría a este guerra. De ello resultaría probablemente un freno momentáneo de la proliferación y quizá también un cierto desarme nuclear o hasta una legislación mundial. El resultado podría ser diametralmente opuesto si la Unión Soviética y los Estados Unidos quedaran tan disminuidos que las potencias medias pudieran aspirar a la hegemonía mundial. Entonces, en efecto, la proliferación nuclear se acentuaría.

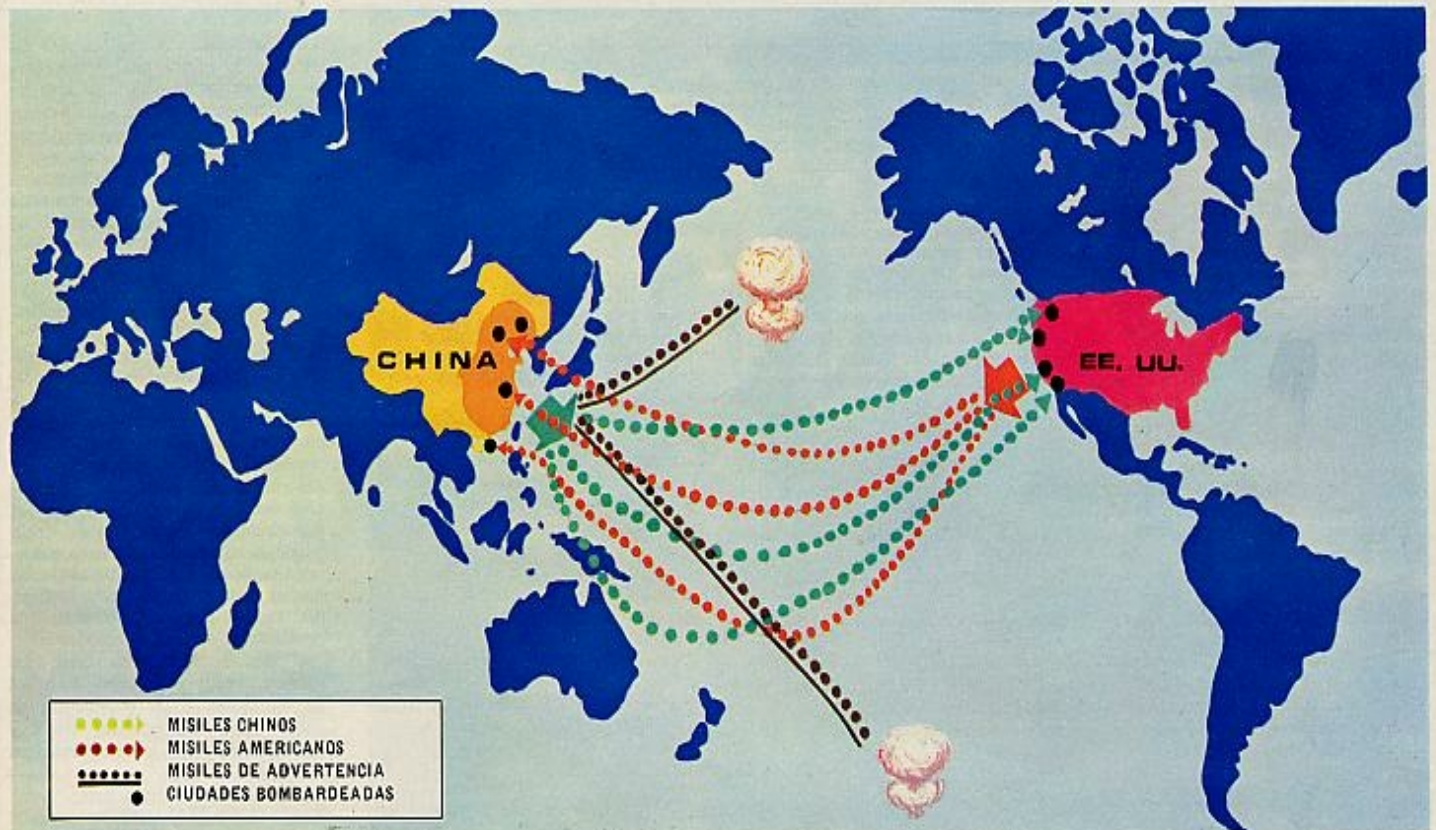
Si dos superpotencias como los Estados Unidos y la Unión Soviética se entregaran a un intercambio de golpes nucleares limitados, rápidos y sin resultados, los ingenios atómicos



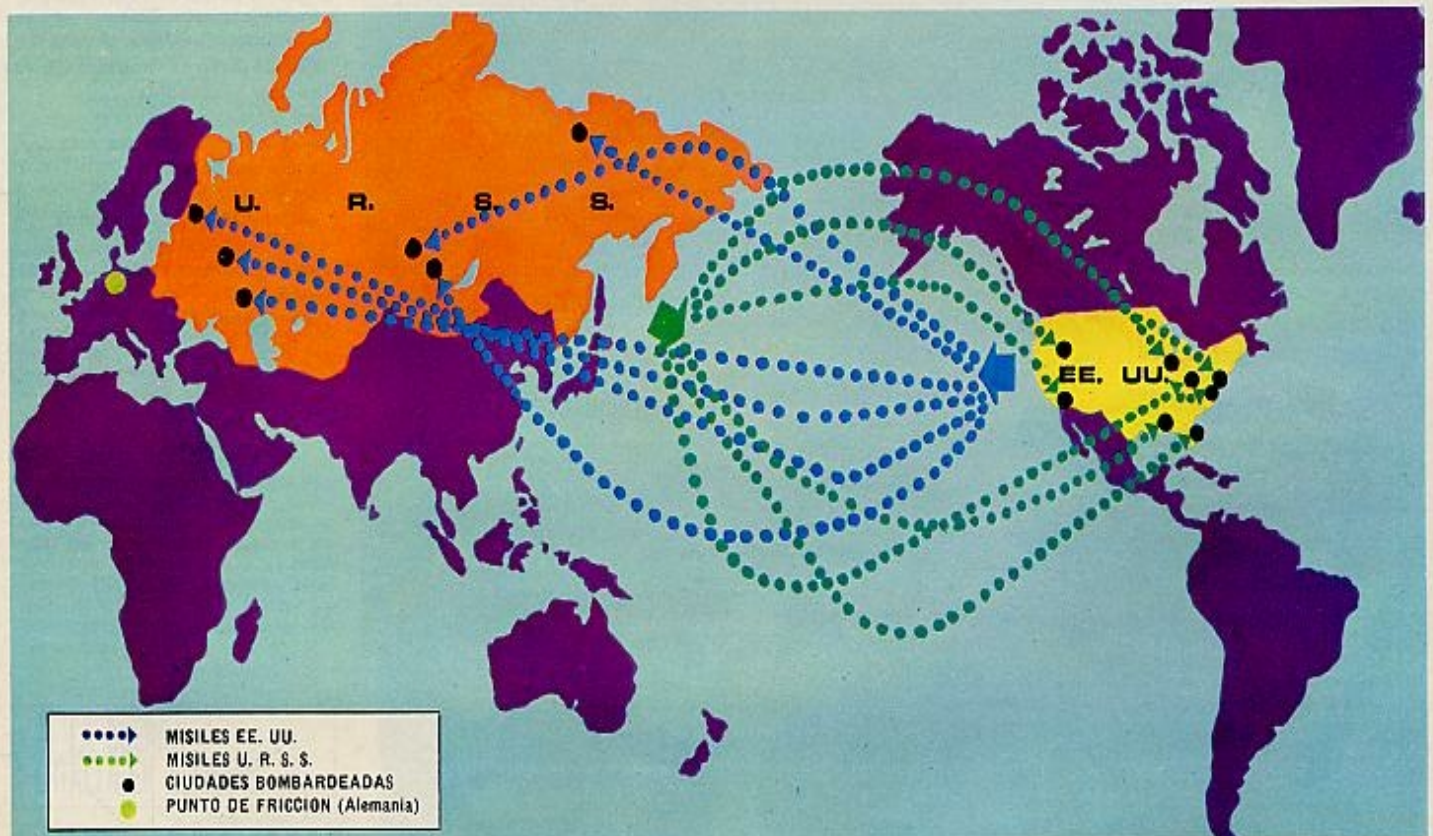
*Hacia 1975 u 80 los chinos tendrán una fuerza nuclear importante. Cabe la posibilidad de que estalle un conflicto por razones fronterizas entre China y la Unión Soviética. El valor de este guión es dudoso. La fuerza nuclear conseguida por China para entonces podría ser utilizada por ésta como amenaza, sin llegar a emplearla, para conseguir los territorios perdidos a lo largo de las fronteras chino-soviéticas de Siberia o del Centro Asiático.*

- MISILES CHINOS
- MISILES U. R. S. S.
- - - DEFENSA ANTIMISILES
- LUCHA FRONTERIZA
- CIUDADES BOMBARDEADAS

AÑO  
2000

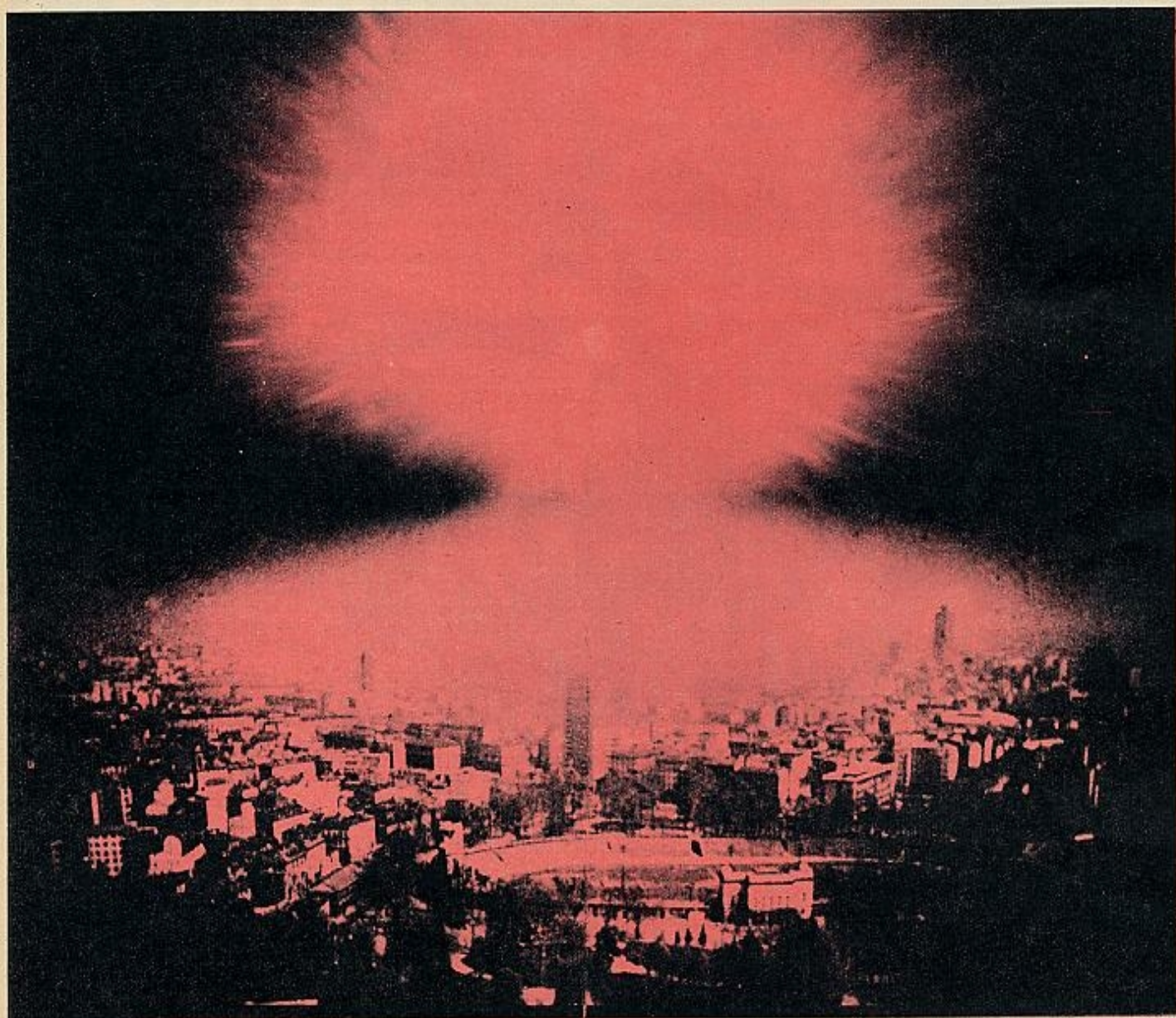


Una invasión de Vietnam del Norte por Estados Unidos supondría la intervención de China. Armas nucleares norteamericanas podrían dirigirse contra tropas chinas e incluso ciudades del interior. Hay otras posibilidades: EE. UU. podría bombardear la zona limitada al este del grado 105 de longitud Este. Por su parte, China podría quizá destruir Los Angeles, San Francisco, Seattle y San Diego. Esta amenaza podría impedir el ataque norteamericano.



La guerra en Europa Central podría llevar a los dos colosales a una guerra total. Las destrucciones recíprocas, en el caso de que fueran importantes, de las dos superpotencias atómicas e alterarían la noción de disuasión y de autointimidación y se frenaría la proliferación de armas nucleares e incluso se llegaría al desarme nuclear. Pero el resultado sería distinto si una de las dos potencias quedara muy debilitada, porque, en ese caso, la proliferación aumentaría.

# LA GUERRA NUCLEAR



Las discusiones sobre el equilibrio del terror llevan a una posibilidad importante: la de una gran guerra puramente convencional, ya que el empleo de armas nucleares a gran escala supondría en el atacante la aceptación del holocausto.

parecerían verosimilmente «inútiles», como tanta gente pretende en la actualidad. En este terreno, un resultado cualquiera pesa por ser el resultado inevitable. Esta es, poco más o menos, la «regla». Lo que en realidad podría resultar de circunstancias especiales o de incompetencia ruso-americana, o de desfallecimientos de la voluntad podría ser considerado como una «ley de guerra». Incluso si las componentes y el ajuste que siguieran a las hostilidades dieran una ligera ventaja a uno de los bandos, el valor de las armas nucleares, medido en relación al riesgo y al coste en vidas humanas no parecería demasiado grande. No obstante, este mismo resultado podría tener, en ciertos sectores, un efecto contrario: la busca de una superioridad cualitativa como medio de evitar en el futuro una guerra sin resultados.

## LA GUERRA ESTALLA ENTRE LA CHINA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

Una versión un poco más plausible de este guión excluye a los Estados Unidos, pero toma en consideración una guerra chino-soviética hacia 1975 o poco antes de 1980. En este caso los chinos han constituido una fuerza nuclear suficiente para impedir por intimidación a los soviéticos que utilicen sus propios ingenios atómicos. Podrían entonces utilizar sus enormes efectivos para recuperar los territorios «perdidos» a lo largo de las fronteras chino-soviéticas de Siberia o del centro asiático.

El valor de este guión es aún dudo-

so. La respuesta nuclear a una provocación convencional, ¿es creíble? No parece posible hablar de ello en el vacío. La verosimilitud de una primera utilización estratégica de las armas atómicas en esta nueva situación es aproximadamente igual a la verosimilitud de una utilización similar por los americanos para proteger sus intereses o a sus aliados de ultramar. Pero es mucho menos verosímil que una potencia como los Estados Unidos, la Unión Soviética o incluso Francia vacilaran en utilizar ingenios nucleares tácticos para defender su territorio nacional contra una invasión. No podría preverse cuál sería la respuesta soviética probable sin referirse a la historia rusa. En el transcurso de sus guerras, los rusos han manifestado un vigoroso sentimiento de «territorialidad». Además, los militares de más

alto grado en la jerarquía del arma nuclear soviética podrían muy bien decidir no emplear sus ingenios más que para preservar la existencia de la patria.

Existe una posibilidad que nos inclinamos a considerar plausible: una guerra entre dos potencias nucleares, aparentemente «fuertes», como la Unión Soviética y la China —en el marco de nuestra época—; utilizan gran número de ingenios, pero los que alcanzan el objetivo no son tantos en un campo como en otro. En este caso, los chinos sufren una derrota catastrófica. Es un «Cannes» o un «1940» nuclear. La historia nos enseña que las guerras, en cuyo curso los dos adversarios han sufrido pérdidas equivalentes, son mucho menos numerosas de lo que se supone. Desde luego, no pocas guerras han terminado en «empate» y negociación; pero las derrotas



# LA GUERRA NUCLEAR



Los ataques nucleares serían dirigidos a las grandes ciudades. Por esta razón, algunos teóricos consideran las armas atómicas un medio de mantener la paz, pero la intimidación sobre la base de la proliferación de armas pone al mundo al borde de la catástrofe.

aplastantes de una gran potencia por otra son bastante frecuentes. Las armas nucleares cambian muchas cosas, pero, en los siglos XIX y XX, cuando dos potencias consideradas iguales se enfrentaban, la victoria se inclinaba de modo espectacular de un solo lado, como ocurrió en la guerra franco-prusiana de 1870. Al menos resulta plausible postular que uno de los beligerantes gozaría de una superioridad técnica notoria, pero ésta no se haría segura hasta que la guerra estallara efectivamente. He aquí lo que escribiera Friedrich Engels a Marx en 1857: «Estoy leyendo, entre otras cosas, "De la guerra", de Clausewitz. Extraño modo de hacer filosofía, pero autor excelente a este respecto. A la pregunta de saber si hay que considerar la guerra como un arte o una ciencia, responde que se trata de un comercio. En la guerra el combate equivale al pago al contado en el terreno del comercio. Aunque se produzca raramente, puede ser necesaria, puesto que efectivamente estalla; todo está orientado en su dirección, y en fin de cuentas debe haber efectivamente guerra y es preciso que aquélla sea decisiva».

Al explorar las perspectivas de unos diez años posteriores a nosotros, puede, pues, verosíblemente verse una guerra en la que uno de los beligerantes no sufra más que daños mínimos; la victoria resultaría de una enorme superioridad en varios puntos a la vez: capacidad de respuesta, sistema de

defensa antimisiles, preparativos de defensa pasiva por los civiles. La buena estrategia y la buena táctica también tendrían su papel.

## 5 GRAN GUERRA CONVENCIONAL Y PEQUEÑA GUERRA NUCLEAR

Al discutir a propósito del equilibrio del terror se llega a una posibilidad considerable: la de una gran guerra puramente convencional. Esta posibilidad, formulada de un modo inhabitual, ha sido probablemente sobrevalorada por ciertos expertos: parece, en efecto, irverosímil que unos países toleren una escalada hasta el nivel de la Segunda Guerra Mundial sin servirse de armas nucleares. No obstante, menos verosímil parece que un país cualquiera recurra a los ingenios nucleares a gran escala cuando hay peligro de holocausto, aunque sí es posible que los utilice a pequeña escala para marcar un «bluff» o intimidar al adversario a fin de hacerle ceder o de imponerle una solución negociada. También puede imaginarse que uno de los beligerantes utilizaría uno o dos ingenios sobre objetivos logísticos para significar, en realidad, que está en una situación desesperada y que, si las hostili-

dades continúan, vendrá la guerra nuclear total. El asaltante concede a su enemigo la ocasión de asestar el primer golpe violento porque tiene confianza en su capacidad de respuesta, bastante violenta como para que el enemigo lamente la escalada. Difícilmente puede verse lo que hará el otro beligerante. ¿Aceptaré un alto el fuego? ¿Responderé utilizando él también dos, tres, cinco, diez ingenios o más? Incluso si utilizara varias bombas nucleares como represalia, limitaría sin duda su respuesta para preservar alguna posibilidad de alto el fuego y evitar así represalias masivas. Puede ocurrir también que, después de un intercambio, ni uno ni otro acepten retroceder suficientemente para permitir que las negociaciones se inicien y lleguen a término. En este caso, los dos adversarios, que han utilizado armas nucleares y comprobado que el otro no quiere aceptar la negociación, pueden volver a la guerra convencional antes que seguir poniendo a prueba su capacidad de intimidación nuclear, tendente a impedir el recurso a las armas atómicas por la amenaza de represalias controladas. La guerra convencional que seguiría podría ser bastante intensa sin que los beligerantes vuelvan a poner a prueba nuclear la voluntad de combate del adversario. Uno y otro, seguramente, serían prudentes y no insistirían exageradamente para obtener ventajas en el campo de batalla convencional, ya que temerían llegar

al punto en que el perdedor respondería con armas atómicas. Como hemos dicho, esta respuesta desesperada no llevaría forzosamente aparejada una conclusión. Sin embargo, ni uno ni otro de los beligerantes tendría ganas de hacer la prueba. Párese la guerra en una primera o segunda fase nuclear o durante la fase convencional sería verosíblemente seguida por una carrera de armamentos en la que cada uno de los dos adversarios intentaría asegurarse una superioridad cuantitativa o cualitativa en vistas a una nueva prueba.

Habría que señalar que el concepto de una gran guerra convencional en Europa no jugaría a favor de la Unión Soviética para que ésta hiciera de él su táctica preferida. Los soviéticos han dejado de lado sus efectivos convencionales y han adoptado doctrinas según las cuales su poderío militar depende estrechamente de las armas nucleares. Evidentemente, esta doctrina puede ser objeto de revisión en el porvenir; pero también es verosímil que los dirigentes soviéticos se vean forzados a intensificar la busca de la seguridad nacional a «buen precio». El papel de los ingenios nucleares, como medio de cortar el paso a los ejércitos de masa, y las ventajas de la intimidación por acumulación de medios de combate seducen —como es sabido en Estados Unidos— a quienes establecen el presupuesto en el gobierno.

## 6 ALGUNOS CONTEXTOS DE POSGUERRA

Pueden imaginarse diferentes mundos de posguerra, que se distinguirían por factores tales como:

1. Grado de daños sufridos por:
    - a) Estados Unidos y Canadá,
    - b) Europa,
    - c) Unión Soviética,
    - d) China,
    - e) Japón,
    - f) Resto del mundo.
  2. Medida en la que los Estados Unidos pueden esperar dominar las regiones citadas más arriba y tener acceso a sus recursos.
  3. Moral, impulso, situación psicológica en los Estados Unidos y en los demás países.
  4. Condiciones del alto el fuego o los tratados de paz.
  5. Actitud o capacidades de los demás países y así sucesivamente.
- Muchos piensan que si los soviéticos atacaran a los Estados Unidos lanzando bombas de varios megatonnes sobre las aglomeraciones urbanas, serían precisas decenas de años para que hubiera una recuperación un poco notable. Desde un punto de vista, esta previsión es correcta, ya que el decorado de la vida humana sería más hostil a la vida que si no hubiera habido guerra nuclear, y las regiones alcanzadas por los ingenios atómicos permanecerían inhabitables casi para siempre, es decir, durante unos diez mil años. Ello ocurriría a causa de los cuerpos que emiten radiaciones a largo plazo, especialmente el carbono 14 y, en menor medida, el estroncio 90 y el cesio 137. No obstante, los análisis que se han detenido en estos problemas tienden a creer —en función de cálculos dudosos y a los cuales, según se dice, apenas puede prestarse con-



8 Ptas. '02

Discreta aureola de elegancia...

# Parfum de Toilette Madame Rochas

OFERTA ESPECIAL POR UN TIEMPO LIMITADO -  
Parfums Rochas proponen actualmente un Atomizer  
(2 onzas) del Parfum de Toilette "Madame Rochas"  
al excepcional precio de 250 Ptas. Aproveche esta  
oferta de duración limitada y descubra toda la discreta  
elegancia del Parfum de Toilette "Madame Rochas",  
eco fiel del gran Perfume. Únicamente en venta en las  
perfumerías de los Depositarios Oficiales Rochas.

PARFUMS ROCHAS . PARIS



# LA GUERRA NUCLEAR

fianza— que los Estados Unidos y la Unión Soviética podrían probablemente reponerse de un ataque termonuclear en el que se hubieran utilizado de doscientas a quinientas bombas, cada una de varios megatones, arrojadas en su mayor parte sobre las ciudades, con un rendimiento medio que puede calcularse en cinco megatones. Según el curso detallado de los acontecimientos y las precauciones tomadas antes de la guerra, las pérdidas podrían elevarse lo mismo a dos millones que a ciento cincuenta millones, pero puede dudarse de que los supervivientes tuvieran motivos suficientes para restaurar en cinco o en veinte años algo que recordara, desde el punto de vista económico, su nivel de vida de antes de la guerra. Sea como sea, los destrozos no dejarían de ser, evidentemente, inmensos.

Cuando se toma en consideración la guerra nuclear se prevén, evidentemente, destrucciones a enorme escala en zonas que comprenden Europa, China, Japón, y a veces incluso África, Asia y América del Sur, sin hablar de Australia y Nueva Zelanda, aunque resulta difícil imaginar por qué los Estados Unidos o la Unión Soviética dispersarían los ingenios necesarios para atacar todas estas regiones —o sólo algunas— e incluso se conciben numerosas razones estratégicas por las que no lo harían. Además de las consideraciones morales y políticas a los dos campos —o al vencedor—, les interesaría preservar lo más posible la idea de que el país superviviente podría extraer de las regiones no dañadas lo necesario para subvenir a sus necesidades inmediatas y a largo plazo, a fin de restaurar lo que fue destruido. En realidad parece que una o varias de las regiones enumeradas más arriba sobrevivirían casi indemnes a una guerra nuclear y no sufrirían más que los efectos de la radiactividad en el mundo entero. Preparándose a ello, los daños causados por estas radiaciones pueden ser dominados, pero precisamente en regiones como África, Asia, América del Sur y Australia es donde se tomarán menos precauciones. Afortunadamente, aunque hubiera grandes daños y grandes sufrimientos inútiles, ni siquiera los efectos de la radiación causarían perjuicios que puedan considerarse como «aniquilamientos».

Si «A» gana la guerra, en el sentido de que destruye la capacidad militar de «B», quizá prefiera tratar lo mejor posible a la industria de su enemigo en la esperanza de confiscarla o bien de utilizar su producción, probablemente sobre el terreno.

En la medida en que el agresor espera utilizar lo que les quede a los neutrales como recursos, o incluso a los aliados o al enemigo, para garan-

tizar o asegurar su renacimiento, el adversario podría evidentemente amenazar con destruir estos recursos, lo que sería una especie de disuasión. Aunque exista un precedente en la doctrina de la tierra quemada, el valor de esta disuasión es relativo, salvo si el agresor ataca precisamente con el fin de apoderarse de los medios de producción del adversario o si se trata de una de las condiciones para proseguir las hostilidades.

Si quien ataca el primero pretende utilizar la industria y la riqueza de su adversario para facilitar su propia recuperación, «A» debe golpear a «B» bastante prudentemente, evitando en lo posible causar daños accesorios a la capacidad productora de «B». «B» podría responder airadamente y destruir en proporción o al máximo la riqueza de «A» y masacrar a la población. A partir de este momento, «A» tiene un pretexto que le permite amenazar a «B» de aniquilación total y podría, pues, obligarle a capitular. En estas circunstancias, «A» lograría grandes ventajas de esta guerra si tuviera un ejército lo suficientemente numeroso como para ocupar el territorio de «B» y ocuparse de la recuperación del país vencido. Pero, como hemos sugerido, «A» no puede actuar sólo como chantajista y conceder al adversario condiciones de paz de «toma y daca». No obstante, en este gulón, los ejércitos de tierra numerosos y las marinas poderosas desempeñan un papel interesante, aunque bastante inesperado después del asalto inicial y de la guerra.

Una de las cuestiones más importantes que hay que plantearse en cuanto a una situación de posguerra es la de la moral de los supervivientes. ¿Tendrán los suficientes motivos, la necesaria disciplina? ¿Serán socialmente competentes? Frecuentemente se adelanta que los efectos de la guerra termonuclear serían tan aplastantes, desde el punto de vista psicológico y aún más desde el social, que la fibra económica y humana de la sociedad sería aniquilada. En realidad esto dependería en gran medida del modo como comenzara la guerra, del modo como se desarrollara y terminara. La sucesión de acontecimientos políticos durante la guerra podría tener más influencia que el número de muertos sobre la psicología de posguerra. Cuando se discuten las situaciones posibles después de una guerra debe precisarse el guión y evaluarse los efectos psicológicos, sociales y políticos de ese guión en particular. La situación quedaría evidentemente influenciada también por las condiciones del alto el fuego o del tratado de paz. En realidad, si no hay más que un armisticio, la guerra puede volver a empezar; incluso es concebible, aunque poco verosímil, que los supervivientes busquen un acceso a los países extranjeros para volver a empezar; la carrera de armamentos. Aquí, una vez más, el problema del crédito y de los recursos podría tener gran importancia. Por otra parte, ciertos acuerdos de alto el fuego, considerados como temporales, pueden hacerse permanentes. Una de las razones por las que habría que estudiar los mundos de posguerra es que hay que tener en cuenta el papel de las diversas condiciones de paz. Incluso en una guerra termonuclear existen vínculos considerables entre las exigencias de cada campo, su táctica, su estrategia y su capacidad de componenda.

Está, en fin, la cuestión de las acti-

tudes y aptitudes de las demás potencias. Aunque no fuera más que durante un cortísimo período, el país vencedor poseería grandes fuerzas estratégicas, sobre todo si se hacen preparativos razonables para preservar esas capacidades en el decorado de posguerra. Pero si no se ha preparado nada, o si las destrucciones recíprocas han sido importantes, o si es imposible mantener fuerzas estratégicas porque el nivel de producción y otros factores económicos han caído demasiado bajo, el vencedor de una guerra nuclear puede ser vulnerable al asalto de una potencia de segundo orden. Los demás países tendrán todavía cierta capacidad militar, exigencias, objetivos, en la situación de posguerra, y habrá que tenerlo en cuenta. Ciertos problemas de potencia internacional se presentarán verosímelmente en general en el mundo de posguerra como en el de anteguerra, incluso si durante un período bastante breve vencedores y neutrales pueden estar en disposición de dictar las condiciones de paz. Desgraciadamente, se ha discutido poco sobre el papel de la guerra termonuclear en tanto que transición de un estado a otro, del orden internacional y aún se ha discutido menos sobre planes para mundos de posguerra en los que un país continúa esforzándose en alcanzar objetivos nacionales razonables.

## MUNDOS DOMINADOS POR LA FUERZA NUCLEAR BRUTA

El poderío nuclear bruto podría ser importante en un mundo de posguerra por dos clases de razones. En primer lugar, el equilibrio de las fuerzas nucleares puede ser trastornado totalmente y conferir a un país una superioridad atómica decisiva. Luego, la utilización de los ingenios nucleares podría debilitar las barreras psicológicas y políticas que se oponen a su uso o las amenazas de emplearlos. Lo que se ha hecho una vez puede siempre volver a hacerse. Si estos dos factores se combinaran, podría concebirse un imperio nuclear. Se trataría de un país —sin duda los Estados Unidos o la Unión Soviética— que habría adquirido una fuerte preeminencia nuclear en el curso de una guerra, a la que habría sobrevivido sin dejar de sufrir abundantes pérdidas materiales y humanas; podría entonces decidir utilizar lo que le quedara de sus armamentos nucleares para gobernar el mundo... aunque no fuera más que para impedir nuevas guerras.

Aunque un mundo monopolar pareciera el aspecto más verosímil del mundo dominado por las armas nucleares, no es el único. Puede haber un reparto del mundo en esferas de influencia; las potencias nucleares se evitarían entre sí y no utilizarían sus ingenios atómicos más que para dominar a los países no nucleares, quizá principalmente para reparar los daños que hubieran sufrido, pero quizá también para impedir que continuara la proliferación de armas nucleares.

## MUNDOS DE PODERIO TRADICIONAL

Es difícil imaginar que una guerra estratégica nuclear que sobrepase el más estricto mínimo, no tuviera consecuencias profundas desde el punto de vista psicológico y político. Pero es posible tomar en consideración guerras tras las cuales los elementos

esenciales de poderío, y las relaciones entre estados serían iguales a las actualmente existentes. Es decir, que el poderío nuclear podría ser capital, pero la mayoría de las cuestiones serían resueltas por políticas más directamente centradas en la economía, la psicología y la fuerza militar no nuclear. En estos mundos, los pueblos no habrían sido aún capaces de resolver el dilema del desarme y de la ley mundial, y los países seguirían orientando sus relaciones, unos con otros, según los procedimientos habituales, más o menos enmendados.

## MUNDOS GOBERNADOS POR LOS EXTREMISTAS

Se trata de mundos en los que una guerra nuclear conduciría a la instauración de instituciones internacionales radicalmente nuevas. El traslado total de la soberanía a una autoridad mundial sería entonces posible: los supervivientes, horrorizados, podrían entregar lo restante de sus fuerzas a una pequeña potencia o a un grupo de pequeñas potencias; preferirían los peligros desconocidos de un arbitraje extranjero a la rivalidad bipolar cuyo precio ya habrían pagado. Desde luego, resulta difícil creer que un régimen extremista surgido de una gran guerra sobreviviera sin problemas, oposición y desafíos. Pero una transición internacional espectacular es muy plausible; crearía un «ciclo de vida» de nuevas transformaciones, evoluciones y, quizá, contrarrevoluciones en el sistema internacional.

## MUNDOS DOMINADOS POR LA DESTRUCCION

Son los mundos que la mayoría de la gente tiende a tomar en consideración como consecuencia de una guerra nuclear. Las destrucciones se convierten en el factor dominante de los problemas humanos. No puede evaluarse el índice de destrucciones necesarias para alcanzar este punto y es aún más difícil predecir la forma que tal mundo tomaría.

Un mundo en el que el papel de los Estados Unidos está determinado por las destrucciones que han sufrido parece más plausible o, al menos, más fácil de imaginar. Los destrozos y las pérdidas en vidas humanas harían que los americanos se asqueasen de los asuntos internacionales y serían incapaces de afirmarse. En semejante mundo, los Estados Unidos podrían ser víctimas de otros países, considerados como intocables, o quizá —el menos durante cierto tiempo— simplemente una potencia de importancia media, sin gran influencia, dotada de una estructura económica y comercial especial. En «A Canticle for Liebowitz», Walter M. Miller, junior, describe brillantemente otra posibilidad: la de un mundo extremadamente simplificado en el que la tendencia multiforme es echada abajo. Científicos, eruditos, técnicos, profesores e intelectuales son eliminados, junto con sus trabajos, en la esperanza de evitar la vuelta de un desastre nuclear.

Copyright, McMillan Company-Editorial Revista de Occidente. Derechos de serialización para prensa en España: Revista TRIUNFO.

Ilustraciones: MONTALBAN y CRUZ.

Fotos: ARCHIVO.

«El año 2000», de Herman Khan y Anthony J. Wiener, del cual publicamos en estas páginas la tercera entrega, será editado próximamente en nuestro país por la editorial Revista de Occidente. Hemos seleccionado aquellos capítulos que hemos considerado más periodísticos y no según el orden del libro. La próxima entrega será el correspondiente al capítulo titulado «La intervención biológica sobre el hombre».